

mil puntos del globo donde los católicos se ven actualmente humillados, vejados y perseguidos por los que se llaman tolerantes, ilustrados y filántropos. En los momentos mismos en que se proclamaba en Francia la libertad y la república; cuando se predicaba por los de ideas progresistas la tolerancia; en esos momentos, repito, se desterraba a todos los obispos y a más de cuarenta mil sacerdotes seculares y regulares que no quisieron firmar, porque su conciencia se lo prohibía, el horror o la herejía oculta bajo la fórmula de juramento de la llamada constitución civil del clero. Entonces, lo mismo que al presente, las cárceles y los patíbulos se vieron llenos de inocentes católicos que eran sacrificados por aquellos mismos que predicaban la libertad de creer y de pensar.

—¿Pero es posible que hasta en nuestra época, que se llama de las luces y del progreso, se le atormente a uno porque piense de distinta manera que otro?

—Ya he dicho que los católicos a nadie persiguen y que a ninguno le incomodan porque crea de esta o de otra manera; los perseguidores, los intolerantes, son sus enemigos. En Rusia la imprenta es libre hasta el extremo de la licencia en favor de todo escritor impío que combata a Dios y su religión; mas se le pone una mordaza cuando quiere defender la fe católica. Los impíos encontrarán a su disposición todas las librerías; los católicos no hallarán un impresor que los sirva, a cualquier precio que lo paguen. La persecución que se ejerce contra el clero es inaudita, pero no es menos cruel la que oprime a los seglares, y sobre todo, a la clase pobre del pueblo. En algunas parroquias se promete al pueblo la exención de cargas si quiere unirse a los cismáticos; en otras partes, ciertos emisarios importunan a los aldeanos y se valen de los medios más perversos y corrompidos para vencerlos; se distribuyen cantidades de dinero y se reparte profusamente aguardiente y vino en las tabernas. Con tan fuertes instigaciones, se suele conseguir que firmen algunos un memorial pidiendo la incorporación con la religión dominante.

—¿Qué perfidia!

—El magistrado, provisto de este documento, ocupa la iglesia a mano armada, convoca al pueblo, y le participa que sus súplicas han sido oídas y que es admitido afectuosamente a profesar la religión del Estado. Por supuesto que la resolución que se va a tomar, no se pone a la deliberación ni se sujeta a la decisión por pluralidad de votos. El presidente, después de hacer su relación levanta la junta

y despide a los asistentes. ¡Ay del católico discordante que levante la voz en reclamación! La menor pena que se le imponga serán los azotes. En seguida se anuncia mil veces en los diarios públicos que tal parroquia ha adoptado la religión dominante y que, por consiguiente, se prohíbe a todo sacerdote católico administrar allí los sacramentos. En otras partes se ha visto apostarse tropas rusas en los lugares y ciudades, cayendo sobre los pueblos que han mostrado resistencia al cisma, y arruinándolos con enormes gabelas; y si el valor de los habitantes vencía estas pruebas, se tomaban medidas sanguinarias, como era dar azotes de muerte y poner en los tormentos más crueles a los que se resistían.

—¡Oh! ¡Eso es indigno de hombres que se tienen por des- preocupados y justos!

—¿Ve usted ahora cómo la inocencia y la virtud pueden verse aprisionadas como dije al principio?

—Lo comprendo perfectamente.

—Donde va el hombre, allí va el abuso. ¡Cuán corto es el número de los que no abusan de la superioridad de su talento, de sus riquezas, de su fuerza o de su posición social! ¡Qué corto también el número de gobernantes que no abusan del poder!

—Tiene usted razón.

—Es preciso convenir que en la tierra rara vez impera la justicia. El mundo es la gloria de los malos y el purgatorio de los buenos. La inocencia, la virtud y la honradez inclinan, oprimidas, al suelo la llorosa faz, y tiemblan y gimen bajo el peso de la injusticia, mientras altanero y potente camina el vicio, con la frente erguida, haciendo ostentación de su poder.

—¡Cuán cierto es lo que está usted diciendo!

—La suerte del honrado, en la tierra, es azarosa y amarga, porque el imperio del mundo lo ejercen las pasiones de los osados; pero su porvenir es dulce y risueño, porque en la otra vida no domina el hombre que abusa del poder, sino Dios. Por eso en el mundo se padece, y por eso es imprescindible la eternidad.

El carcelero, que aunque hombre tosco, estaba dotado de buen corazón, encantado de lo que acababa de oír, y de la manera recta de pensar de aquel joven, sintió un vivo interés por él, y se propuso favorecerlo en cuanto le fuese posible.

Aquella sencilla relación histórica y la manera de decirla, bastaron para inclinarle a creer que el desventurado preso,



lejos de ser criminal era, sin duda, víctima de alguna intriga de ocultos enemigos.

—Caballero —le dijo, disponiéndose a salir—, la conversación que acabamos de tener me ha convencido de que no puede ser criminal quien tan rectos principios profesa; y por lo mismo, aunque tenga que faltar a las instrucciones que se me han dado respecto a que no se le deje comunicar con nadie, yo me propongo quebrantar esa orden cada vez que usted quiera dirigirse por medio de la pluma a algún amigo a quien le interese comunicarle sus pensamientos.

—¡Mil gracias!—exclamó Félix con profundo agradecimiento.

—Yo le proporcionaré a usted todo lo necesario para escribir cuando desee hacerlo.

—¡Ah!, esa generosa oferta me inunda de satisfacción y de consuelo en mi desgracia, pues me hace conocer que hay un hombre en el mundo que se compadece de mi triste situación..., que no me cree criminal. ¡Pero, amigo mío, a nadie tengo en la tierra! El único amigo, la única persona que me distinguía con su aprecio, ya no existe..., fué asesinada.

—Sin embargo —advirtió el carcelero—, esa joven que hace poco vino a preguntar por usted...

—¡Soledad! —exclamó el preso con acento conmovido y dejando ver en su semblante amalgamados el sentimiento y el placer. ¡Ah! ¡Sí, es cierto! ¡También ella me compadece..., me cree inocente del horrendo crimen de que se me acusa! El temor de que execrase mi nombre y mi memoria juzgándome culpable, era el tormento mayor que amargaba las tristes horas de mi cautiverio; pero su visita ha disipado las negras nubes que envolvían mi existencia, y ha derramado un bálsamo consolador, que ha dulcificado todas mis penas. Si vuelve, si el cielo permite que tenga la dicha de que repita su anhelada visita, yo le ruego a usted que me permita escribirle, para que descanse mi corazón de las dudas que lo ahogan.

—Le he dicho a usted y le repito, que estoy dispuesto a servirle en cuanto tenga a bien ocuparme, aunque tenga que faltar a las severas órdenes que se me han dado.

—¡Gracias, amigo mío..., gracias!—dijo el honrado joven, estrechando la mano del carcelero, y sintiendo agolparse a sus ojos las lágrimas de la gratitud.

—Yo le traeré a usted tintero, pluma y papel para que escriba.

—¡Ah!, no encuentro expresiones con qué demostrarle a

usted mi profundo reconocimiento—exclamó Félix, volviéndole a estrechar la mano.

—Adiós —contestó conmovido el carcelero—, me he detenido más tiempo del que yo creía, y no quiero que lleguen a sospechar el interés que tomo por usted.

—¡Oh!, no; el cielo velará por nosotros.

—¡Pobre joven!—exclamó el carcelero para sí, y se alejó con la dulce satisfacción que vierte en el alma una acción generosa en favor de un desgraciado.

Don Félix quedó bendiciendo interiormente a Dios, y sintió renacer en su pecho la esperanza.

Su situación había mejorado notablemente, podía comunicar sus pensamientos a la mujer que ocupaba constantemente su corazón y su memoria... podía recibir cartas consoladoras de ella...

En una palabra, se consideró feliz.

Y toda esta felicidad era debida a la bondad del compasivo carcelero.

Félix se sintió conmovido con esta consideración, y el llanto de la gratitud volvió a nublar sus ojos.

Su pecho estaba embriagado con una superabundancia de placer indefinible, celestial.

La única cosa que iba a robarle parte de su alegría, eran las palabras que, con respecto al traje que llevaba Soledad, había escuchado.

—¡Se habrá visto obligada a vender hasta sus vestidos para mantenerse! —pensó para sí—. ¡Sola y sin recursos! ¡Cuánto habrá padecido la infeliz! ¡Tal vez vivirá en la miseria..., demandando la caridad de los hombres! ¡Pobre Soledad! Arrojada de la casa en que gozaba de todas las comodidades de la vida, ¿a dónde habrá ido a reclinar su cabeza?

Y la consideración de este pensamiento le volvió a sumergir en una profunda tristeza.

Las lágrimas, largo tiempo agolpadas a sus ojos, rodaron por su pálido semblante.

La suerte de aquella mujer le interesaba más que la suya propia.

¡Desdichado joven!

Interesado en saber hasta las menores circunstancias de lo que le había acontecido a la hermosa, esperaba con impaciencia el dichoso instante en que el carcelero le anunciase su segunda visita, para suplicarla por escrito le refiriese en una carta todo lo que había pasado desde su separación.



¿Volvería Soledad?

Don Félix se estremeció temiendo no volver a tener noticia de ella, y se sentó abrumado con esta idea, sobre el duro jergón de su lecho.

## CAPITULO XII

### Otra vez el Santuario

Volvamos a la Villa de Guadalupe.

Hemos dicho que, al tropezar Núñez con la mujer que caminaba de rodillas al templo, exhaló ésta una exclamación que fué recogida por otra mujer, mientras el afanado joven, sin fijar la atención en ella, y seguido de Julián se dirigía a la casa en que estaban reunidos los conjurados.

La que marchaba de la manera penosa que dejamos dicho, penetró en la iglesia y se acercó hasta el altar mayor, donde, después de besar el suelo, se quedó de rodillas rezando fervorosamente a la Virgen.

La que había recogido su exclamación penetró detrás de ella, y se quedó a distancia regular, observándola y queriéndola reconocer.

Pero la devota mujer estaba tan cubierta con su rebozo, que era imposible descubrir ninguna de sus facciones.

La que observaba se puso también a orar, descuidándose de vez en cuando de fijar los ojos en la tapada.

En uno de estos momentos, la encubierta, al arreglarse el rebozo, descubrió por un instante su faz.

Si la curiosa mujer no hubiese estado descuidada en aquel instante, hubiera podido ver una fisonomía dulce, purísima y angelical, bañada por brillantes lágrimas que rodaban de unos ojos claros y apacibles como el limpio cielo de México.

Aunque no iba cubierta con el pañolón bordado, llamado «tápalo» en el país, que llevan las señoras, sino con el humilde rebozo que usa la clase menos acomodada, sin embargo, sus maneras distinguidas, su blanca, pequeña y torneada mano, que asomaba de vez en cuando al arreglarse el rebozo; el vestido largo, aunque de poco valor, que envolvía las gallardas formas de su esbelto cuerpo, en vez de las cortas enaguas que lleva la gente del bajo pueblo, todo esto, agregado a que tenía su pequeño pie cubierto de limpias medias, que no acostumbran llevar las mujeres de la ínfima clase de México, denunciaban a una

persona de la buena sociedad reducida por la suerte al humilde estado en que se encontraba.

La mujer que observaba, y que sin duda estaba impaciente por saber si la tapada era la misma que ella se había figurado, no pudiendo resistir por más tiempo su curiosidad, se quitó de donde estaba, se acercó a la afligida hermosa, se puso de rodillas junto a ella, y acercando los labios cuanto le fué posible al oído de la que llena de fervor oraba, pronunció en voz baja, pero penetrante, un nombre.

La tapada se estremeció y miró sorprendida a la que le hablaba.

Ambas se reconocieron entonces y dejaron escapar una exclamación de sorpresa.

La curiosa mujer le hizo entonces en voz baja algunas preguntas a que se vió obligada a contestar su interpelada.

Admirada y sorprendida, a juzgar por los aspavientos que hacía, debía estar la que alcanzaba las respuestas.

Satisfecha su curiosidad e informada de cuanto deseaba saber, se despidió con mil demostraciones de cariño, se signó y se santiguó, hizo una respetuosa inclinación ante el altar y salió del templo pronunciando estas palabras:

—¡Bien me lo presumía yo! ¡Ah! Corramos a ver a mi amiga, que me estará esperando para marchar. No se va a sorprender poco cuando le refiera este encuentro.

Pero mientras ella se dirige en busca de su amiga, ocupémonos del intrépido Núñez, a quien dejamos entrando en la casa donde estaban reunidos los conjurados.

Al penetrar en el zaguán vió, en efecto, fuera de la puerta, como le había dicho el agente del doctor, varios hombres sospechosos que le miraban con atención, aunque con disimulo.

No se arredró por esto: conoció el inminente peligro en que se ponía; pero no quiso abandonar a sus compañeros.

Resuelto a correr la misma suerte que ellos, subió de dos en dos los escalones, y penetró en una espaciosa sala llena de correligionarios.

—Aquí está, por fin — dijeron varias voces con satisfacción al verlo entrar.

Un murmullo de contento y de satisfacción, de alegría y de confianza, se escuchó en todos los ángulos.

Núñez, agitado, pálido, sin saludar a nadie y sin pronunciar palabra, se dirigió a una mesa en que al lado de una Biblia abierta, un tintero de plata y una vela encen-